

# PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE VIVEIRO 2013

Por M.<sup>a</sup> del Carmen Garcimartín Montero

Doctora en Derecho por la Universidade de Santiago de Compostela  
Profesora titular de la Facultad de Derecho de la Universidad de La Coruña

Sr. Presidente de la Xunta de Cofradías de Viveiro, Excmo. Sr. Alcalde de Viveiro, autoridades, amigos todos.

Un pregón es el anuncio de un acontecimiento convocando a quienes lo escuchan a participar en la celebración. Lo importante es que se anuncia y no quien lo pregona, que ha de limitarse a transmitir la invitación. Sin embargo, quiero comenzar agradeciendo vuestro ofrecimiento de realizar el pregón de la Semana Santa de Viveiro de este año 2013, hecho por el que me siento profundamente honrada.

Formo parte de una generación que continúa vinculada a Viveiro aunque algunos no tengamos aquí nuestra residencia permanente. Queremos a nuestra tierra, y miramos al futuro sin olvidar el lugar de donde procedemos. Como hijos del siglo XXI, la vivencia de nuestros orígenes es distinta de la que tienen los que nos han precedido. Hoy seguimos la vida de Viveiro en tiempo real a través de los múltiples recursos de internet, aunque también leemos el "Heraldo de Viveiro" cuando cae en nuestras manos. Regresamos año tras año para disfrutar de las vacaciones de verano, más cortas de lo que nos gustaría y de lo que eran en nuestra infancia, para participar de fiestas y celebraciones, o incluso, ahora que las comunicaciones lo permiten, a veces aprovechamos unas horas para escaparnos a respirar durante un rato los aires de la Mariña, algo que sin duda dejaría perplejos a nuestros bisabuelos. Por eso, es para mí un verdadero honor constatar que se trata de un sentimiento recíproco: no solo nos sentimos, sino que nos consideraréis de aquí.

La Semana Mayor que comenzará mañana ha sido definida como una Semana Santa grande en una ciudad pequeña<sup>1</sup>. Si puede afirmarse con certeza que se trata de una ciudad, desde que la reina María Cristina le concedió este título en 1891, más dudoso es que pueda decirse que es pequeña. Recordaba a este propósito las palabras de Vicente Risco sobre Galicia, que bien pueden aplicarse a Viveiro. "Ti dis: Galicia é ben

pequena. Eu digoche: Galicia é un mundo. Poderala andar en pouco tempo do Norte para o Sur, do Leste para o Oeste noutro tanto; poderala volver andar outra vez e máis; non a has dar andado. E de cada vez que a andes, has atopar cousas novas e outras as botar de menos. Pode ela ser pequena en extensión; en fondura, en entidade, é tan grande como queiras, e dende logo, moito máis grande de cómo ti a ves"<sup>2</sup>.

No es pequeño Viveiro, a pesar de su reducida extensión. No es el tamaño lo que importa, sino la grandeza y el valor de sus gentes, las gestas de su historia y la riqueza de su cultura. Sería fácil dejarse llevar en este momento por un justificado entusiasmo y volver los ojos a la historia o fijarlos en las magníficas obras de arte que pueblan su territorio, o recorrer con la imaginación los ríos, valles, montes, playas y puertos que configuran la orografía de Viveiro. No seríamos, ciertamente, los primeros ni los únicos que lo hiciéramos. El lugar donde se halla Viveiro ya llamó la atención de los más antiguos colonizadores que se conocen del Noroeste, a los que no pasó desapercibido el privilegiado enclave natural en que se halla, la riqueza de su tierra y de su costa, y la belleza de su entorno. Uno tras otro, los sucesivos pobladores fueron dejando su huella y conformando un pueblo que pronto adquirió carácter propio. No nos cuesta reconocer a Viveiro en una caracterización de esta villa en la Baja Edad Media: "Vivero tiene 1494 almas, 2 parroquias, 3 conventos, 2 hospitales, un seminario, muchas fuentes y pescados excelentes"<sup>3</sup>. A lo largo de los siglos ha sido objeto de numerosos reconocimientos y privilegios, y un lugar donde nativos y foráneos han encontrado un hogar temporal o permanente.

Será, sí, un lugar de extensión reducida, pero es un pequeño territorio que aúna una noble historia y una proyección universal, y este adjetivo se puede aplicar literalmente, pues Viveiro se llama en honor de esta ciudad un cráter de Marte<sup>4</sup>, como consigna el catálogo de la nomenclatura planetaria.

La celebración que ahora comienza es sin lugar a dudas la más relevan-



FOTOGRAFÍA: FOTO PRETO

te del año. No significa esto que Viveiro no tenga vida propia los demás meses. Cualquiera que haya venido a esta ciudad, ya sea verano o invierno, se habrá quedado sorprendido por su dinamismo y su riqueza cultural y festiva. Pero es justo reconocer que la Semana Mayor ha sido siempre especial entre todas las festividades, y sigue siéndolo para las generaciones más jóvenes. Quisiera, por ello, acercarme a esta celebración a través de una serie de imágenes que nos pueden ilustrar sobre su significado. No voy a descubrir nada nuevo, sino a recordar una vez más, a anunciar, que para esto me habéis convocado, que vamos a celebrar. Como señalaba el año pasado el Sr. Obispo de Mondoñedo, "el anuncio de la Semana Santa no se hace de una vez para siempre. Es una misma verdad que ha de ser proclamada, recordada y actualizada. Es algo que ocurrió una vez y para siempre, y al mismo tiempo algo que ha de seguir haciéndose real a través de los años en nuestras vidas"<sup>5</sup>.

"Contar la Semana Santa de Viveiro en pocas líneas, dice un conocido autor, es abrir las ventanas para que se cuele abril, colgar la luna del paisaje de la noche y pintar de acacias el color de los días grandes de la Pasión según Viveiro. No existe el pasen y vean de otras latitudes donde se jalea a las Vírgenes. Es un pasen y sientan, un miren y conmuevanse, desde la lectura austera de unas celebraciones que vienen de lejos"<sup>6</sup>.

Contemplemos, pues, la Semana Santa a través de cuatro elementos que



FOTOGRAFÍA: FOTO PRIETO

están estrechamente unidos a esta celebración: el silencio, la piedra, la luz y la gente.

### 1. Silencio

Viveiro es una ciudad alegre, como dice su lema, una ciudad que siempre ríe. "A la verdad -decía Chao Espina-, "es alegre y risueña cuando muere el sol en los guiños de la marea, la besa de frente como a su reina, y ¡jamás!, le vuelve cara por temor de manchar su manto con los rayos del poniente, cansados como el atardecer"<sup>7</sup>. Aun con más audacia afirmaba un párroco de Viveiro en el siglo XVIII que el clima de Viveiro, "aunque un poco húmedo, es bastante sano y de los más gratos y benignos. De esta moderación de temperamento resulta ser uno de los más propicios para la felicidad humana"<sup>8</sup>.

Esta natural alegría se convierte en silencio cuando llega la Semana Santa. Los días santos están presididos por un callado recogimiento que permite acompañar al Señor, recordando las dolorosas horas que precedieron a su Pasión, y que transcurrieron sin las algarabías que le habían seguido en sus recorridos por Judea, Galilea y Samaría, y solo unos días antes en su entrada triunfal en Jerusalén. En silencio ora el Señor en el huerto de los olivos, lejos de su Madre, abandonado de sus apóstoles, confortado solo por un ángel. El silencio de la noche, fuera del pretorio, permite a Pedro escuchar el canto del gallo, y también sin palabras recibe en ese instante la mirada del Señor, que recuerda al pescador de Galilea la profecía de las horas previas: antes de que el gallo cante me habrás negado tres veces. El silencio envuelve el mundo cuando Cristo entrega su alma, y calladamente transcurrirá el sábado santo hasta que los pasos de las mujeres que se dirigen al sepulcro

nos anuncien que esta próximo el triunfo de Cristo sobre la muerte.

Este silencio tiene una expresión única e inconfundible en la Semana Mayor de Viveiro. Desde hace unos años, retumban los tambores por las calles en la tarde del lunes, como queriendo recordar que nos adentramos ya en la celebración de los días santos. Las campanas enmudecen el Viernes Santo, como lo hacen en todo el orbe, estela del silencio que guardaron los apóstoles y todos los que abandonaron al Señor; solo se oye el sonido de las carracas para llamar a los actos litúrgicos, en una tradición que se remonta al siglo XIV. Sin embargo, Viveiro es el único lugar del mundo donde toca la campana el día de Viernes Santo, cuando en la representación de la Pasión de Cristo cae el Señor por tercera vez, ya en el atrio de Santa María<sup>9</sup>. A este hecho singular se refiere un sencillo poema cuando canta "Templo de Santa María/ enmudezcan tus campanas/ pues tus torres son testigos/ del crimen de esta mañana".

Vuelve después a callar la ciudad, y sin música ni ruidos acompaña a la Madre de Cristo en su regreso del Calvario en la procesión dos Caladiños la noche del Viernes Santo.

Pero, con todo su simbolismo, el silencio por sí mismo no es nada; más bien molesta o asusta. Si es un bien preciado, aunque escaso en una época llena de ruidos, si lo buscamos y deseamos a veces con afán es por las puertas que nos abren. Con gran belleza lo expresaba Pastor Díaz en su oda al silencio, de la que recojo solo unos versos:

*Torno al silencio: los contentos míos  
El blando lloro, el meditar sereno,  
Hallo solo en su seno;  
Y la pasión, los ciegos desvarios,  
La razón que los calma:  
¡Salve, oh silencio... bálsamo del alma.*

Es el silencio el que nos permite escuchar el ruido de las olas y de los árboles, de la ría y del Landro, y tantos otros que para siempre tenemos asociados a la vida en Viveiro, en mi caso a los veranos en Galdo, donde siguen siendo inconfundibles el sonido del río y de los eucaliptos agitados por el viento en el Monte Castelo, y hasta suenan igual los saludos de quienes van y vienen camino de las *leiras*.

De entre todos los silencios quizá el más sobrecogedor no sea el de la naturaleza, sino el silencio de Dios, que como nos recordaba Benedicto XVI, también experimentó Cristo crucificado: "El silencio de Dios la experiencia de la lejanía del Omnipotente y Padre, es una etapa decisiva en el camino terreno del Hijo de Dios. Colgado del leño de la cruz, se quejó del dolor causado por este silencio: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"<sup>10</sup>. También en nuestra vida nos podemos encontrar ante el silencio de Dios; experimentamos una especie de abandono, nos parece que Dios no escucha y no responde. Pero el silencio de Dios, como le sucedió a Jesús, no indica su ausencia. El cristiano sabe bien que el Señor está presente y escucha, incluso en la oscuridad del dolor, del rechazo y de la soledad; cuanto más nos abrimos a su silencio, más lo conoceremos, hasta llegar, como Cristo, al abandono confiado en sus brazos<sup>11</sup>.

Hay aún otro silencio, hoy más necesario que nunca: el silencio interior, antesala de la contemplación. No se favorece mucho en nuestros tiempos este silencio. Da la impresión de que produce miedo apartarse, incluso por un instante, del río de palabras y de imágenes que marcan y llenan las jornadas<sup>12</sup>. Y, sin embargo, es imprescindible para conocernos a nosotros mismos y para escuchar a Dios. Como decía San Agustín, "cuando el verbo de Dios crece, las palabras del hombre disminuyen"<sup>13</sup>. No han faltado en ninguna época espíritus osados que han optado por una vida dedicada solo a la contemplación divina. Entre ellos también se cuentan vivarienses de todos los tiempos. Es bien conocido Fray Pedro Farto, retirado en la Isla de la Colleira, e inmortalizado por D. Enrique Cal en un libro que ya forma parte de los anales de Viveiro. Y testigos de esta retirada vida contemplativa son, asimismo, los conventos establecidos desde muy antiguo en esta ciudad.

El silencio es la tierra preparada para sembrar emociones, inquietudes y vivencias nuevas, y en esta tarea viene ayudado por la rica imaginaria vivariense que podremos admirar en

las procesiones o en la carpa, y tal vez algún día en el Museo de Arte Sacro, y que tan bien reflejan la personalidad de esta ciudad. Afirmaba el actual cronista de Viveiro que estas figuras, famosas no por su ostentación sino por su devoción, aúnan la sencillez de la tradición franciscana y dominica con otras tendencias que le confieren su característico estilo ecléctico<sup>14</sup>. Los más de cuarenta pasos que salen en Semana Santa, todos ellos de gran belleza y valor artístico, han sido realizados a lo largo de siete siglos; junto a algunas de las tallas más antiguas de España salen otras tan recientes como el Cristo Resucitado, el Nazareno, las Negaciones de San Pedro, Nuestra Señora de la Esperanza, Nuestra Señora de la Clemencia, y Nuestra Señora del Camino de la Luz incorporadas en el siglo XXI.

Sin duda ocupan un lugar especial en esta relación las imágenes articuladas con las que se escenifican el Encuentro y el Desenclavo, que son la esencia de la tradición vivariense y su parte más entrañable<sup>15</sup>. Pero no son los únicos que conmueven a cuantos se acercan a participar de esta Semana Mayor. La expresividad de las representaciones del Cristo de la Agonía y del de la Vera Cruz, o de Jesús sobre la borriquita, compiten con el realismo del Cristo de la Columna, del Cristo Sentado o del Nazareno dos de Fóra. Lo mismo podríamos decir de las imágenes de Santa María, de la Verónica, y de tantas otras que contribuyen a engrandecer las procesiones de la Semana Santa.

No es extraño que esta larga tradición escultórica haya sido enaltecida por hechos, más o menos envueltos en la leyenda o por el contrario bien documentados. Es conocida la decisión del general Treni, del ejército de Napoleón, de mostrar misericordia y no fusilar a los devotos que encontró rezando ante la imagen del Ecce Homo que hoy sale en procesión el Domingo de Ramos y el Jueves Santo; de ahí el nombre de Ecce Homo de los franceses, con el que se le conoce desde entonces<sup>16</sup>. Menos sabido es tal vez que a principios del siglo XIX, ciertos caballeros ingleses, admirados de la perfección de la cabeza del Cristo de la Oración en el Huerto ofrecieron su peso en oro<sup>17</sup>. Y no podía faltar el detalle humorístico del escultor de la Última Cena, que tomó por modelos a marineros de San Ciprián y esculpió en la figura de Judas la cara de un supuesto deudor recalcitrante, aunque la imagen que la Tercera Orden decidió rechazar fue la de Santiago el Mayor por hallarla "defectuosa en extremo"<sup>18</sup>. Continúa, asimismo, la tradición de colocar en este mismo paso el pan de los apóstoles recién hecho, cuyo inconfundible sabor hace participar al sentido del gusto de la genuina Semana Santa de Viveiro. Contaba también uno de mis tíos, pregonero años atrás, que había oído a su padre una insólita historia. Mi bisabuelo, que vivía entonces en Galdo, venía a la escuela ubicada en el desaparecido convento de los franciscanos, en cuyo claustro se guardaba sin mayores cuidados el paso de la Última Cena. Al parecer, no pudo resistir la tentación de contribuir con su navaja a dar forma a alguno de aquellos rostros, y afiló la nariz de Judas, que desde entonces conserva ese peculiar perfil.



Este perfecto entrelazamiento entre lo divino y lo humano da su auténtica dimensión al arte sacro, que sin perder el valor que posee en el ámbito cultural va más allá, al aproximar a cuantos contemplan estas manifestaciones artísticas, a la realidad trascendente que inspiró a artistas de todas las épocas. Autores anónimos y grandes maestros se dan cita en la Semana Santa de Viveiro; unos y otros merecen el elogio y la alabanza, porque todos han contribuido a la riqueza de esta celebración.

## 2. Piedra

La piedra, elemento que podemos contemplar a la luz de unas palabras del Papa Francisco, que en su primera homilía decía, refiriéndose a edificación de la Iglesia: "se habla de piedras: las piedras son consistentes; pero son piedra vivas, piedras unguadas por el Espíritu Santo".

No evoca la Semana Santa paisajes y lugares placenteros. Los vergeles, prados y lagos de que hablan las Escrituras con tanta frecuencia son sustituidos por una inusitada dureza del entorno en que se desarrolla la Pasión y Muerte del Señor. Es fácilmente imaginable la aspe-

reza de la roca sobre la que se arrodilló Cristo en el Huerto de los Olivos, y ni imaginación hace falta a quienes han podido contemplar esa roca que, según la Tradición, aún se conserva en los Santos Lugares. Ásperas son también las losas de la Vía Sacra que conduce al calvario, aunque aparezcan hoy suavizadas por el paso de los peregrinos. La rigidez de la piedra acompaña otras escenas del relato de los días Santos, como la columna a la que ataron al Señor para flagelarlo o la losa con la que cerraron su sepulcro.

En Viveiro comparten el protagonismo de la Semana Mayor las casas de piedra y las calles enlosadas. Por estas calles han pasado año tras año procesiones, penitentes, lugareños y turistas que no han querido faltar a esta cita anual. Con particular sensibilidad se refiere a ellas Luz Pozo en su conocido poema sobre la Semana Santa de Viveiro:

*En las calles antiquísimas  
donde hay esquinas sin tiempo  
la Pasión de Jesucristo  
pone ternuras de viento.  
¡Ciudad de las cuatro puertas  
encerrada entre lo cierto!  
si la ciudad fuese mía  
la pondría en un espejo  
para que se contemplase  
con toda su verdad dentro.  
si la ciudad fuese mía,  
le colocaría un cerco  
con cuatro puertas de plata  
y cuatro puertas de hierro.  
¡Ay el dolor sin regreso,  
dolor de Semana Santa  
en las calles de Viveiro!*

Además de las piedras inertes, hay otra piedra viva, que es la historia, y que nos dice mucho también sobre esta celebración, porque los orígenes de Vivei-

ro se pierden en el tiempo, pero los comienzos de la celebración de la Semana Santa están bien documentados<sup>19</sup>. En el siglo XIII se instalaron en Viveiro un convento de dominicos y otro de franciscanos, que decidieron realizar unas celebraciones penitenciales en la calle como complemento o prolongación de las ceremonias litúrgicas que se oficiaban en el interior de los templos. Cuenta Leal Insua que se creó una comisión de religiosos de las dos órdenes para redactar unas normas que regularían las procesiones y desfiles penitenciales, en los que también cooperaban las parroquias de Santiago y Santa María<sup>20</sup>. Al amparo de estas parroquias y conventos surgieron las cofradías, y de ellas proceden los gremios, que en el Viveiro medieval fueron cuatro: el gremio de mareantes, con San Luis como patrono; el de carpinteros, canteros, alfareros y herreros, bajo la advocación del Espíritu Santo; el de zapateros, alfayates, albarderos y curtidores, cuyo titular era San Bartolomé, y el de la Santísima Trinidad, que agrupaba a sastres, tejedores, tundidores y cordeleros<sup>21</sup>. Aún encontramos reminiscencias de esto gremios en algunas calles del Viveiro actual.

La historia de la Semana Santa de Viveiro no es plácida y lineal sino que hubo de hacer frente a múltiples dificultades, que no han hecho sino estimular y engrandecer esta fiesta. La celebración de la Semana Mayor ha mejorado notablemente, y se ha afianzado tras haber superado no pocos avatares.

Estos comenzaron pronto. Los aires de la contrarreforma, que trataron de atajar la influencia del protestantismo en la piedad católica se dejaron sentir en este lejano rincón de España. Tenemos constancia de ello por las Constituciones Sinodales del obispo de Mondoñedo, Fr. Antonio de Guevara, del año 1541, en las que trata de enderezar algunas costumbres heterodoxas que se habían introducido en las celebraciones de la Semana Santa. Dice así el prelado: *"Nos [consta] que muchas personas vagabundas se andan en tiempo santo de Quaresma y Semana Santa a hazer representaciones a manera de farsas del mundo, de las cuales se siguen muchos inconvenientes, a saber: que dizen en ellas muchas cosas que no ai en los evangelios, y ansimismo que hazen y causan muchas risas y placeres en los que lo oien, y, ansimismo, dejan de oír misa maior por concurrir a do aquellas representaciones se hazen, lo cual todo es no en alabanza, sino en vituperio de Cristo; por la presente ordenamos y mandamos... que ninguno sea osado de hazer las tales representaciones ni remembranzas en la iglesia ni fuera della. Y no queremos por esta constitución privar ni*

*inhibir las cofradías ni la procesión de la Sta. Vera-Cruz [de Viveiro], como se suele hazer, sino que antes la confirmamos y aún, si para ello es necesario, de nuevo damos licencia".* El Sr. Obispo también prohibió la costumbre de hacer hogueras dentro de las Iglesias la noche del Viernes Santo mientras se velaba al Cristo, puesto que, afirmaba, "se ahuma toda la iglesia"<sup>22</sup>.

Restablecidas las costumbres, y tras el florecimiento de las cofradías en los siglos XV y XVI, comenzó a finales del XVII una época de decadencia, en la que sin embargo no faltaron las procesiones incluso en situaciones extremas. En 1733 se habían extinguido hacia más de 25 años las hermandades de la Purísima Concepción y de la Santa Vera Cruz por fallecimiento de todos los cofrades. Pese a ello, los terciarios y los frailes franciscanos acordaron realizar las procesiones del Domingo de Ramos y de Jueves Santo con la asistencia de ambas comunidades llevando exclusivamente las insignias de la Tercera Orden. A finales de ese siglo hubo un cierto auge de las procesiones con la incorporación de nuevas imágenes, aunque la Semana Santa seguía girando, como hoy, en torno al Encuentro y al Desenclavo.

El movimiento expansivo de la Semana Santa se vió también afectado en el siglo XIX por la invasión francesa y las guerras carlistas. La desamortización dejó, asimismo, su huella en la celebración de la Semana Santa vivariense, con la demolición, entre otras cosas, del Convento de Santo Domingo, y la necesidad de recurrir a claustros, calles y plazas para la celebración de algunos autos pasionales<sup>23</sup>.

Los comienzos del siglo XX no fueron más halagüeños, con un progresivo aumento del anticlericalismo. No obstante, esta situación fue decisiva para la consolidación de la Semana Santa de Viveiro. Ya en los primeros años se promovió la inscripción en las cofradías, y se incorporaron nuevos pasos a las procesiones o se mejoraron los existentes, renovando en gran parte la imaginería de la Semana Santa. Desde entonces, por ejemplo, la Virgen de los Dolores sale con un manto traído desde Filipinas y una corona y una espada realizadas con las joyas de la fundadora del colegio de Cristo Rey.

A partir de los años cuarenta se crean nuevas cofradías que enriquecieron las procesiones e incorporaron diversos actos litúrgicos a las celebraciones, como el viacrucis de los hombres, el viacrucis de las mujeres o el Sermón de las Siete Palabras.

No quiere esto decir que desde entonces no faltaran las dificultades,

como el plante de los llevadores en 1973; como había sucedido antaño, se resolvió con una mejora en la celebración de la Semana Santa, ya que desde entonces hubo un mayor compromiso de todo el pueblo con estas festividades. Justa retribución a este esfuerzo fue la declaración de la Semana Santa de Viveiro como fiesta de interés turístico nacional en 1988 que lejos de ser el final de un camino es, esperamos, sólo un hito más en una celebración cuya fama traspasa las fronteras de nuestra comunidad y nuestro país, y la hace sólida acreedora al reconocimiento de interés turístico internacional.

### 3. Luz

La luz tiene en la Semana Santa matices tan variados como el cielo cambiante de la mariña lucense. Cada acto, cada oficio, cada evocación tiene su tonalidad propia. Las luces que acompañan al Señor la noche de Jueves Santo, iluminan con magnificencia el Monumento, para llamar la atención sobre el Misterio que alumbran. El Viernes Santo queda la tierra sumida en tinieblas, y solo la luz de las velas rompe la oscuridad, recordando aquella que envolvió al mundo cuando el Señor entregó su alma. Las sombras son, por eso, tan elocuentes como las imágenes que salen en procesión tras la celebración de la Pasión del Señor. Y de nuevo la luz invade el orbe el día de resurrección: el fuego de la Vigilia Pascual, la luz de la aurora, la luna llena de primavera, todos ellos nos hablan del triunfo de Cristo sobre la muerte; nos anuncian la redención y nos invitan a dejar penetrar en nosotros, con todo su ímpetu, la luz de la fe.

El hombre de hoy, como el de todos los tiempos, siente la necesidad de encontrar la luz para dar respuesta a las preguntas que atañen al sentido profundo de la realidad. Como expresaba con gran belleza Benedicto XVI, "El hombre lleva en sí mismo una sed de infinito, una nostalgia de eternidad, una búsqueda de belleza, un deseo de amor, una necesidad de luz y de verdad, que lo impulsan hacia el Absoluto; el hombre lleva en sí mismo el deseo de Dios"<sup>24</sup>. Movido por este afán de llevar a la humanidad al encuentro de Cristo convocó el Año de la Fe, que estamos recorriendo dirigidos hasta hace poco por este Buen Pastor que ha querido guiarnos por la senda segura, y ahora, con la misma seguridad, por su sucesor Francisco.

La Semana Santa es un momento privilegiado para volver a descubrir la fe, que no es meditar sobre una idea o un proyecto de vida, sino encontrar-

nos con una persona viva, Jesucristo, que nos transforma radicalmente. A la luz de la fe, nuestra vida adquiere una nueva perspectiva; se nos revela con claridad el sentido de la vida y del peregrinar hacia el cielo, y descubrimos la verdadera dimensión de nuestra existencia, a veces demasiado alejada de Dios y de los demás. La contemplación de los misterios que estos días llenan la liturgia de la Iglesia nos servirá, además, para profundizar en el legado que nos ha dejado Benedicto XVI.

El Jueves Santo la mirada se centra, en primer lugar, en la Eucaristía, don excelso que Dios hace de sí mismo. Desde aquella noche se ha quedado con nosotros para siempre. Es tan grande este misterio que nos hará falta otro día, el Corpus Christi, otra gran celebración de Viveiro, para meditar sobre esta manifestación del amor de Dios a la humanidad. Necesitamos pararnos ante el misterio sublime de la Eucaristía, tal vez difuminado por la rutina. Junto a ella, recordaremos también que fue entonces cuando el sacerdocio llegó a su plenitud. Dios se había hecho hombre y ahora el hombre se hace Dios. Ya no habrá pueblo elegido ni genealogía sacerdotal, sino que será Dios directamente el que llamará a quienes quiera, sin distinción alguna de raza, pueblo o cultura.

La tradición cristiana ha querido conmemorar este día el amor fraterno; no puede separarse, según el verdadero espíritu cristiano, el amor a Dios del amor real, efectivo, a los demás. Pienso que una de las ideas que nos ha querido transmitir Benedicto XVI en estos años, no solo con palabras sino con obras, es que son muchas más las cosas que nos unen que las que nos separan o dividen. En su magisterio ha resonado continuamente esta llamada ecuménica y al diálogo con quienes no profesan la misma fe, así como a la mutua comprensión y colaboración con quienes no tienen fe en absoluto. Esta actitud se ha revelado siempre fructífera, pese a las dificultades y obstáculos que deba superar. Por eso, ese mismo empeño debería ser guía y orientación en nuestra vida. Los cristianos estamos llamados a ser vínculo de unión en las familias, en los pueblos, en cualesquiera comunidades en que se nos encontremos. Tenemos como ejemplo a Cristo, que nos amó sin medida, hasta el extremo de dar su vida por nosotros. La imagen del Hijo de Dios, que en estos dos días pasó por todas las humillaciones posibles, nos pone en guardia frente a la autosuficiencia que tantas veces nos hace incapaces de amar y de ser amados, que nos impide retornar como el hijo pródigo o gozar de la

fiesta, si hemos permanecido en la casa del Padre.

El Viernes Santo nos detendremos, un año más, ante Cristo crucificado, escándalo para los judíos y necesidad para los gentiles, dos juicios con los que podemos fácilmente encontrarnos también hoy. Detengámonos, pues, a contemplar la cruz, "manantial de vida inmortal, escuela de justicia y de paz, patrimonio universal de perdón y misericordia. (...) Los brazos clavados del Salvador se abren para cada ser humano y nos invitan a acercarnos a Él con la seguridad de que nos va a estrechar en un abrazo de infinita ternura. (...) A través del camino doloroso de la cruz, los hombres de todas las épocas, reconciliados y redimidos por la sangre de Cristo, han llegado a ser amigos de Dios, hijos del Padre celestial"<sup>25</sup>. Sabemos que junto a las vidas llamativas de algunos santos y mártires, junto a conversaciones sensacionales o dramáticas, hay muchedumbre de hombres y mujeres que desde el silencio de su existencia cotidiana, con su padecimiento diario unido al del crucificado, forman parte esencial del tesoro de la Iglesia; son, verdaderamente, "apóstoles de una auténtica renovación social y espiritual"<sup>26</sup>.

Sólo en la fe encontramos respuesta a todos los interrogantes que nos plantea la Pasión y Muerte del Señor. La fe iluminará las tinieblas del calvario, o aquellas que pueden envolver nuestra vida. Tal vez nuestra fe no sea como la potente luz de los faros que en las noches de galerna alerta a los navegantes, sino como la tenue luz de la vela que encendían las mujeres cuando temían por los que se encontraban en el mar. Pero esa fe aparentemente tibia puede convertirse en una llamarada que vuelva a dar luz y calor a nuestra vida. Dios llama y acoge a todos; todos estamos convocados al pie de la cruz. Y si no podemos identificarnos con María, la madre de Dios, o con Juan, el apóstol joven, que la acompañó en ese momento de tremendo

dolor, podemos imitar al Buen Ladrón, que después de una vida quizá no muy ejemplar, le arrebató al Señor el cielo en sus últimos momentos en la tierra; o al oficial romano que, después de haber abierto con su lanza el costado de Cristo, reconoció su realeza y, según cuenta una piadosa tradición, abrazó también la fe. Si mantenemos viva la llama de la fe a pesar de los temporales que amenazan con apagarla, se transformará en la noche santa de la Pascua en el fuego del lucernario que alumbrará desde entonces nuestra existencia, como el cirio pascual iluminará los templos durante los días de la Pascua. "Dejémonos, por tanto, decía el Papa emérito, invadir por la luz del misterio pascual, incluso en la aparente ausencia de Dios"<sup>27</sup>.

El amor pudo más que la muerte; la luz vencerá sobre las tinieblas. "Exulten por fin los coros de los ángeles, goce también la tierra", oiremos en el Pregón pascual, recordando que la Semana Santa no concluye la noche del viernes, que la cruz es sólo el paso hacia la vida. El domingo nos encontraremos con Cristo resucitado, que vive para siempre. Por la tarde, el Vía Lucis llevará por las calles de esta ciudad la alegría de la resurrección a cuantos esperan la redención. Como las Santas Mujeres, como Pedro y Juan, seremos testigos de que Cristo ha resucitado. Quizá, como le sucedió a María Magdalena, el Señor salga a nuestro encuentro, o tal vez, como Tomás, necesitemos meter nuestra mano en su costado para reconocer al Maestro. Pero a todos nos espera, por todos ha dado la vida, y como cada año, en la Vigilia Pascual, renovaremos las promesas del bautismo que un día nos abrieron las puertas de la Iglesia, y volveremos una vez más los ojos a Cristo resucitado que nos abrió las puertas del cielo.

#### 4. Gente

Aunque la Semana Santa tenga un sentido principalmente religioso, éste no es excluyente. No es una celebra-



FOTOGRAFÍA: FOTO PRIETO

ción sólo para los creyentes. Todos son bienvenidos: los que buscan, los que no creen o no conocen a Dios o por alguna experiencia dolorosa se han apartado de Él, y los que por cualquier razón nos acompañan en estas fiestas. Todos encontrarán acogida, porque uno de los principales valores de Viveiro es precisamente su gente. El arte, la historia, la cultura, no son nada si no tienen alma, que es la que hallamos en este pueblo abierto no solo a los mares, sino a cuantos se acercan hasta este rincón del Cantábrico. En sus gentes reconocerán unos rasgos inconfundibles, que hace siglos describía Jacobo de Araújo: los naturales de Viveiro, decía, "son ingeniosos, emprendedores y aptos para cualquier profesión, y no rehúsan abandonar su patria para lanzarse hasta la región de las Antipodas, á trueque de hacer fortuna"<sup>28</sup>.

Todo Viveiro se implica en esta fiesta, que no es sólo de los residentes del lugar, aunque sobre ellos recaiga a lo largo del año todo el trabajo que requiere la preparación de oficios, procesiones y demás actos. Gracias a ese esfuerzo, pueden disfrutar de la Semana Mayor los que vuelven en estas ocasiones. No son pocos los oriundos de Viveiro que regresan en estas fiestas, porque siguen siendo de aquí, hasta el punto de que estos vivarienses de la diáspora promovieron la cofradía del Cristo dos de Fóra, que se unió a la celebración de la Semana Santa en 1989 y está constituida como hermandad desde 2003<sup>29</sup>.

Creo que es un deber, un grato deber, agradecer a quienes nos han precedido el habernos inculcado este sentido profundo de pertenencia, que solo conoce quien lo tiene pero que lo extraña quien carece de él. Reconocemos fácilmente un sentimiento que plasma Pastor Díaz en uno de sus poemas:

*Llévame de mi Landro a los vergeles  
y allí, muerte piadosa,  
bajos los mismos sauces y laureles  
do mi cuna rodó, mi tumba posa*<sup>30</sup>.

Si hemos aprendido a valorar nuestras raíces, a querer la tierra, a estar abiertos a cuanto de nuevo nos ofrecen los tiempos sin dejar atrás nuestra historia, es porque lo hemos visto hecho realidad en los que han vivido antes que nosotros. Pienso, en primer lugar, en nuestras familias, que son las transmisoras por excelencia de estos valores; pero pienso también en tantas otras personas que con su empeño y dedicación hacen posible que el retorno sea el retorno al hogar, al lugar conocido y querido. Tenemos la fortuna de que Viveiro conserva en gran parte su estampa, pese a los cambios inevitables en una ciudad

viva y próspera. Podemos reconocer la mayoría de los lugares asociados a nuestra infancia sin hacer un gran esfuerzo. En algunos, incluso, como sucede en la parroquia de la que yo procedo, el tiempo parece haberse detenido, aunque las riadas de este año se hayan llevado por delante el molino que parecía que nunca iba a desaparecer, y que he conocido sucesivamente como molino, lavadero, escondite o caseta, usos que sin duda sorprenderían a quienes lo levantaron.

No es extraño, por tanto, que el turista ocasional se quede asombrado ante la idiosincrasia de esta ciudad, y el que tal vez vino aquí tras una elección casual de destino regrese para volver a disfrutar de la cálida acogida de sus gentes. Hay quienes encontraron aquí su hogar definitivo y se hicieron uno más D. Vicente Gradaille, a quien este año recordaremos muy especialmente, decía que ser cura en puerto de mar le obligó a hacerse marino. No solo marino. Promotor del desarrollo económico y espiritual de Celeiro, su labor dejará una honda huella en la zona que pudo estos años beneficiarse de su ministerio, y mucho más allá, porque los bienes derivados de una vida entregada no son fácilmente mensurables.

Una tierra de emigrantes, como fue Viveiro en siglos pasados, no puede menos que mostrarse especialmente sensible con quienes han venido a buscar aquí un futuro mejor, tal vez por los mismos motivos que antaño llevaron a los vivarienses a cruzar el océano. Nuestros antecesores guardaron siempre un recuerdo agradecido de los países que los acogieron cuando las circunstancias del momento les impulsaron a marchar a países que entonces parecían mucho más lejos que ahora; en el caso de mis bisabuelos, a Cuba y Argentina. En la Semana Santa también hay lugar para los inmigrantes, que en ocasiones han participado muy directamente en ella, como el año en que un grupo de peruanos llevó en procesión la imagen del San Pedro.

Una mención aparte en la creación de este entorno humano tan característico de la Semana Santa merecen las cofradías, protagonistas indispensables de estos días. Es de justicia reconocer que gracias a su labor sigue adelante la celebración de la Semana Mayor tanto en tiempos de bonanza como de mares agitados. La Cofradía de la Venerable Orden Tercera, la Ilustre y Venerable Cofradía de Nuestra Señora del Santísimo Rosario, la del Santísimo Cristo de la Piedad, la Hermandad del Prendimiento y la de las Siete Palabras, la Hermandad de Mujeres de la Santa Cruz, la Cofradía do Nazareno dos de Fóra, y la de la

Misericordia, todas y cada una de ellas contribuyen a dar esplendor a la Semana Santa. A lo largo de los años, han sabido sobreponerse a tiempos difíciles, buscando soluciones nuevas. Han sido testigos de actos de generosidad, y han procurado una mayor riqueza no para sí mismas, sino para el patrimonio artístico que hace a la Semana Mayor digna de su nombre y de su fama, sabiendo que, en definitiva, era para Dios. Y todo ello sin perder su identidad y mirando siempre al fin para el que fueron creadas. La vitalidad de estas asociaciones se manifiesta no sólo en el crecimiento numérico o en el relevo generacional que puede fácilmente apreciarse, sino también en el acierto con el que se han incorporado a los más modernos medios de difusión y relación social, que acercan un poco más la celebración de la Semana Santa a quienes una u otra razón les impide volver a Viveiro en estos días.

*Non podo acabar de falar das xentes de Viveiro sen unha referencia á muller. Que non se queira ver nesta alusión unha concesión a imposicións de corrección política, senón un xusto tributo á personificación que atopamos nesta terra da muller forte: vémolos na muller do emigrante que espera; na muller do home do mar que roga polo seu bo traballo; nas mulleres que enchen os conventos: na muller que traballa a terra e na que, como a miña avoa, atravesaba cada día quilómetros do monte para chegar á escola. Hai mulleres que contribuíron con nome propio á historia de Viveiro, aínda que Donapetry non as cite entre os vivarienses ilustres, haberá que entender que polos usos da época e non por falta de méritos, como ben fai notar noutras partes da súa Historia de Viveiro. Por citar só algunhas destas mulleres, mencionarei á Beata Constanza de Castro, de vida devota e penitente, que trouxo de Terra Santa ao convento de Valdeflores unha reliquia do Lignum Crucis que aínda conservan; Dona María Sarmiento, que fundou no século XVI un colexio que funcionou sen interrupción ata a desamortización; Dona Margarita Pardo de Cela, quen instituíu unha cátedra de artes liberais e unha escola; Dona María das Alas Pumariño, fundadora do convento da Concepción; e tantas outras.*

*En continuidade coa historia seguen hoxe esta tradición non só mulleres de recoñecido prestixio, como a que hoxe tivo a amabilidade de presentarme, senón tamén as mulleres que tanto aportan día a día á vida de Viveiro e en particular á*

*Semana Santa. Non lle falta a esta celebración o toque do xenio feminino. O martes, as mulleres percorren as rúas no viacrucis, que como ben se dixo, é o verdadeiro pregón da Semana Santa porque expresa de modo claro o espírito das celebracións que se aveciñan. Este viacrucis, como outros actos que non se limitan ao marco da Semana Maior, está organizado pola Irmandade de mulleres da Santa Cruz. Seguindo fielmente o seu lema, "sempre máis e sempre mellor", lanzáronse con gran audacia á adquisición da magnífica imaxe da Virxe da Esperanza, que sairá por terceira vez este ano en que a cofradía celebra o seu 60 aniversario, e que tanto contribuíu a realzar a beleza da celebración da Semana Santa.*

Concluyo -no podía ser de otra forma-, con la invocación a la mujer por excelencia, la madre de Dios. En la Semana Santa la contemplamos sobre todo como Madre Dolorosa, mujer fuerte al pie de la cruz, como Virgen de la Soledad, también reflejada en el cartel que anuncia la Semana Santa de este año, como Señora de la Clemencia, de la Esperanza y del Camino de la Luz.

Pero la Virgen, en sus distintas advocaciones, está siempre presente en la vida de Viveiro. Desde la cueva de Lourdes, del Monasterio de la Concepción, hasta la Virgen de Valdeflores, y per-

mitidme también, hasta Santa María de Galdo, encontramos numerosas representaciones de la Madre de Dios, Madre que espera, Madre de misericor-

dia, Madre de la Iglesia, en cuyas manos ponemos nuestras vidas y a cuya intercesión confiamos la celebración de esta Semana Santa.

#### NOTAS BIBLIOGRAFICAS

- 1 E. Chao, *Historia de Viveiro*, Edicións do Castro, A Coruña, 1988, p. 304.
- 2 Vicente Risco, "Da medida das cousas", Leria, 1961.
- 3 E. Chao, *Historia de Viveiro*, p. 94.
- 4 <http://planetarynames.wr.usgs.gov/Feature/6417>.
- 5 Revista Pregón 2012.
- 6 R. Pernas, La Semana Santa de Viveiro en "La Semana Santa de Galicia", p. 389.
- 7 E. Chao Espina, *Viveiro a los cuatro vientos*, T.I., sin numeración.
- 8 Idem.
- 9 M. Crespo, *El oficio de tinieblas*, en Revista "Pregón", 2011, p. 38.
- 10 Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 21
- 11 Benedicto XVI, "Oración", Audiencia general.
- 12 Benedicto XVI, "Oración", Audiencia general.
- 13 S. Agustín, Sermo 288, 5: pl. 38, 1307.
- 14 C. Nuevo, Revista "Pregón", 2010.
- 15 Idem.
- 16 C. Nuevo, Revista "Pregón", 2010, p. 93.
- 17 C. Nuevo, La Semana Santa de Viveiro en "La Semana Santa de Galicia", vol. III, Hercules de Ediciones, 2008, p. 277.
- 18 J. Donapetry, "Historia de Viveiro y su concejo", ed. facsimil, El Progreso, p. 337.
- 19 Pregón Enrique Cal, 1983, en Revista Pregón 2012.
- 20 F. Leal Insua, Pregón 1982.
- 21 C. Nuevo, La Semana de Viveiro en "La Semana Santa de Galicia", p. 272.
- 22 C. Nuevo, La Semana de Viveiro en "La Semana Santa de Galicia", p. 274.
- 23 C. Nuevo, La Semana de Viveiro en "La Semana Santa de Galicia", p. 276.
- 24 Benedicto XVI, "Oración", Audiencia general.
- 25 Benedicto XVI, Alocución en el Via Crucis 2008.
- 26 Benedicto XVI, Alocución en el Via Crucis 2009.
- 27 Benedicto XVI, "Oración", Audiencia general.
- 28 Jacobo de Araujo, "Bosquejo Histórico, político y religioso del antiguo Reino de Galicia", edición facsimil, Seminario de estudios "Terra de Viveiro", 1995.
- 29 C. Nuevo, Revista Pregón 2012.
- 30 Pastor Díaz, "A la muerte".

«ENTRADA TRIUNFAL DE JESÚS EN JERUSALÉN O "LA BORRIQUITA"» • 1948 • PARROQUIA DE SANTIAGO — FOTOGRAFÍA: JOSÉ MIGUEL SOTO

